

CARLA TORRENTS  
@WICCANCUISINE

LATTE DE  
CALABAZA  
PARA ALMAS  
SIN RUMBO

mī

CARLA TORRENTS

LATTE DE  
CALABAZA  
PARA ALMAS  
SIN RUMBO

m̄r

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.  
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.  
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Carla Torrents, 2024

Ilustraciones de interior: © Carla Torrents, 2024

Ilustración de los carteles: © Wirakorn Deelert / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664, 08034, Barcelona (España)

[www.mrediciones.es](http://www.mrediciones.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2024

Depósito legal: B. 14.208-2024

ISBN: 978-84-270-5306-9

Preimpresión: Safekat, S. L.

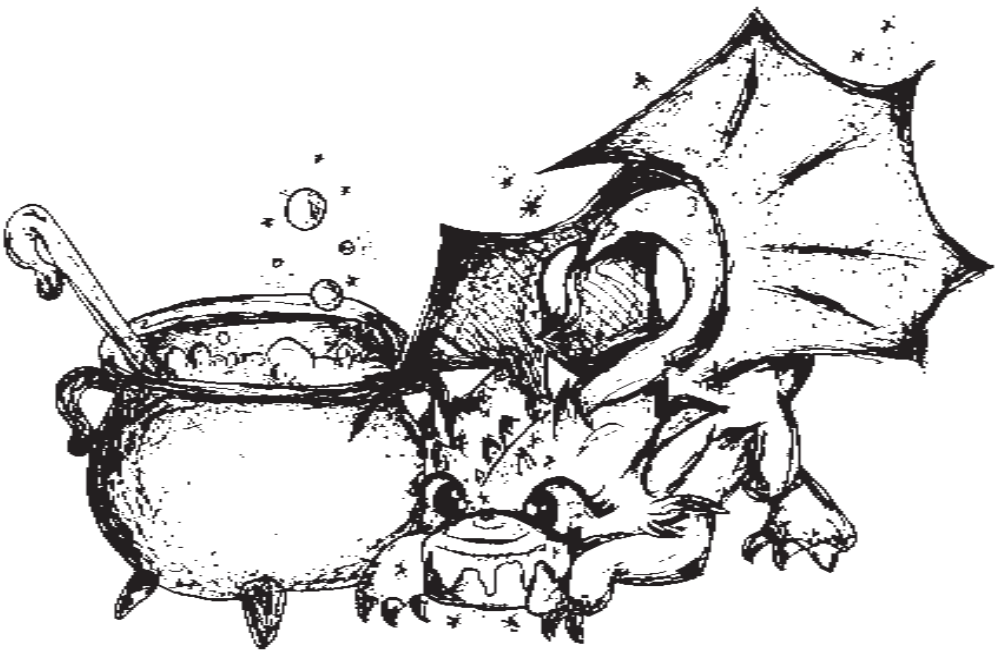
Impresión y encuadernación: Rodesa, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



I

*Donde los sueños mueren*



## Pam, la ladrona

**R**obar se había convertido en una de las pocas tareas que le permitían dar rienda suelta a su creatividad. Además, se le daba de maravilla. Y le gustaba, porque amenizaba el tedio de la rutina. Su condición de cambiante le permitía transformar sus piernas humanas en patas de cierva que facilitaban esa pequeña e ilegal adicción. El único inconveniente era el ruido que emitían sus pezuñas al saltar o al tomar tierra, pero aprendió a mitigarlo con bolsas de tela llenas de hierbajos secos, que usaba a modo de zapatos.

Esa era una madrugada otoñal muy fría.

«Genial —pensó la fauna—. Todos duermen».

Los paseos matinales sobre las extravagantes moradas de la nobleza se habían convertido en parte de su día a día, como lo eran los cuidados de bienestar y belleza nocturnos o las caladas de pipa que compartía con Jimbo antes de ir a dormir.

«Para ahuyentar al insomnio», decía ella.

Lo que la joven llamaba «el arte del robo» era parte de su ser, y esa actividad clandestina le salía del cuerpo con la misma naturalidad que un bostezo. Tan por sentado daba su talento que, si alguien la hubiera advertido de que pronto se hallaría huyendo como un pollo sin cabeza de un rebaño de guardias violentos, Pam habría estallado a reír.

Pero para eso todavía quedaba algún que otro asalto más.

Durante los últimos meses, había observado con disimulo a sus objetivos y se había percatado de una curiosa costumbre que muchos hombres compartían: la de acumular cosas en los bolsillos.

Lo interesante era que, entre recibos arrugados, pañuelos empapados en sudor, botones de nácar extraviados y polvo, había también cantidades considerables de dinero. Se trataba de monedas, monedas de oro. Cada una de ellas equivalía a cien dinias, las que Pam cobraba al mes. Los nobles solían dejar esas monedas en los pantalones del día o sobre las mesillas de noche.

Llegar hasta ellas sin que la vieran no le suponía un gran desafío.

Pam se deslizó por un tejado revestido de yedra humedecida por el rocío como una gota de agua más. Aterrizó en un balcón de piedra blanca de un salto rápido e insonoro, dejó atrás una fina mesa de hierro forjado y llegó a la puerta de cristal que daba al dormitorio.

Esperó unos segundos a que los ojos se le acostumbraran a la penumbra.

Al afinar también el oído, sonrió.

Los ronquidos eran aliados brillantes que ayudaban a que sus saqueos pasaran desapercibidos. Cogió la rudimentaria navaja multifuncional que tenía bien sujeta entre los dientes y trasteó con las piezas de la cerradura hasta que el pomo cedió. No le llevó mucho tiempo.

Descubrió una gran cama con dosel y sábanas escarlata, toda repleta de cojines bordados de distintos tamaños y formas. En ella descansaba un anciano panzudo y bajito que sonreía tras cada ronquido como quien disfruta de una plácida melodía. Pero esa pieza no la protagonizaban violines y arpas, sino los resuellos de un hombrecillo algo artrítico y...

Pam, sobresaltada por un estruendo que no supo identificar, pegó un pequeño salto. Miró a su alrededor de forma instintiva.

Luego, alargó el cuello y, entre mantas doradas, encontró a alguien más. Junto al hombre dormía una mujer arrugada y flacucha parecida a un ratón. Tenía la melena blanca y grisácea recogida en un moño trenzado, y lucía un rostro de muñeca antigua que evidenciaba el porte feérico que, años atrás, debió de poseer.

La joven ladrona estudió a aquella anciana menuda con asombro. No supo cómo explicarse que, de un cuerpecillo tan aparentemente débil y quebradizo, podían emanar ruidos desordenados que rivalizaban con los bramidos de un temible ogro de ciénaga, esos monstruos malhumorados de los que hablaban muchos cuentos infantiles.

Aprovechando el concierto nocturno, cortesía de la tercera edad, Pam abrió bien su bolsa y depositó en ella todas las monedas de oro que había en la mesita de noche de ese señor con expresión amable, justo al lado de una petaca de cuero y metal. Caminó hacia un galán de madera que había junto a la chimenea y vació los bolsillos de los pantalones de caballero que se hallaban tendidos sobre la pieza.

Antes de salir, decidió echar un vistazo al tocador que la mujer tenía a su lado de la cama. Había broches y horquillas de pedrería valiosa, pero eso era siempre difícil de

vender. Las perlas negras que había junto a la bandeja de perfumes, en cambio, podría colocárselas a alguien sin problema y sacarse unas dinias de más.

Un destello llamó su atención y orientó la vista a la pareja. El brillo provenía de las manos entrelazadas de los ancianos, concretamente de los zafiros redondos de sus alianzas. Pam arrugó la nariz, como siempre hacía cuando pensaba.

«Si se los quito, se despiertan. Si se despiertan, los mato del susto», temió.

Por un instante, imaginó a los espíritus atormentados del matrimonio presentándose ante ella por las noches, con las cuencas sin ojos y gusanos en las mejillas, preguntándole con voces rotas cómo se había atrevido a arrebatárselos la vida que les había sido concedida.

«Ah, no», negó con la cabeza.

Sintió un frío extraño y notó cómo se le erizaba la piel de las pezuñas a la nuca, así reaccionaba su cuerpo cuando su tendencia a la superstición tomaba el control.

«Además, esto no se vende fácil», se dijo para acabar de convencerse.

Sin darse cuenta, se vio abducida momentáneamente por la imagen de los ancianos; tan opuestos y al mismo tiempo tan parecidos, agarrados de la mano como dos adolescentes que acaban de descubrir el amor.

Le dieron ternura.

«Bueno, hoy entras a las ocho —se recordó volviendo la mirada al tocador—. Tres casas más te da tiempo de sobra».

Se metió las perlas negras en la bolsa y salió de la estancia sin preocuparse por mantener el silencio que ya rompían los habitantes de esa morada.

En cerrar bien la puerta del balcón, sin embargo, puso bastante esmero.



«No vayan a coger frío, los viejitos».

Brincó por los tejados nobles con un pellizco de prisa, pues el sol comenzaba a asomar con timidez tras el horizonte y sus primeros rayos luminosos no tardarían en ser una amenaza.

«Que no te vean —se repetía Pam constantemente—. Si te ven, estás jodidamente jodida».

Se sentó en lo más alto del palacete más majestuoso de Tanterville y contempló sus posibilidades.

«Ahí», decretó con rapidez, señalando la preciosa torre azulada del centro.

«La duquesa Silbenniah Mirden enviudó hace pocos días —recordó—. Poco le ha durado el luto a la mejor clienta de Jimbo».

Sonrió.

«Tal vez su vicio nos enriquezca algún día».

La villa de la honorable señora Mirden se veía activa y tan ruidosa que Pam, desde la lejanía, pudo distinguir distintas voces e instrumentos.

Saltó en silencio de teja en teja, de chimenea en chimenea, sin privarse de acariciar a los gatos que se iba encontrando por el camino.

«Entras a las ocho», se repetía mientras hundía las manos entre el suave pelaje felino de sus colegas, «dar mimos tontos a amigos de la noche (bueno, de la madrugada) no te va a retrasar». Algunos le lamían los nudillos a modo de agradecimiento, otros maullaban contentos por el cariño de la joven y, la mayoría, simplemente continuaba con su improvisada ruta cuando se cansaban de sus atenciones.

Llegó a la villa y sintió una acidez extraña en el estómago que le trepó por la laringe hasta irritarle la campanilla, la lengua y las encías. Escupió sin hacer ruido y sintió alivio. Era evidente que algo en su último experimento culinario había salido mal.

«Tendré que estudiar mejor las especias y ver qué cojones de combinación de mierda provoca esto», pensó, llevándose las manos a la barriga.

«Venga, va; al trabajo, Pam —se ordenó meneando la cabeza y rascándose los cuernos para distraer al estrés—. Para ya de desconcentrarte todo el rato por cualquier cosa, idiota. Entrás a las ocho. Y el sol saldrá en un rato. Espabila. Espabila y céntrate».

Levantó la cabeza y examinó el palacete de la viuda.

Había vigilancia en todo acceso; puertas, ventanas, jardines, recibidores abiertos, laberintos florales... Hasta en los pasajes ocultos, que la joven fauna ya conocía, había seres corpulentos vestidos con indumentaria de metal que custodiaban cada entrada.

Burlar tantos controles era prácticamente imposible, por lo menos para alguien sin la ayuda extra de las bombillas de Jimbo que Pam llevaba encima. Además, tras fijarse a través de los ventanales de la mansión en lo que consistía esa fiesta, supo cómo actuar.

«Tienes que apañártelas para acercarte a la cara de alguno. Si no te acercas lo suficiente, no va a funcionar».

Con cordeles y otras herramientas ligeras que siempre llevaba encima, «por lo que pueda pasar», improvisó un sistema parecido al de las telas de araña para esconder sus pertenencias bajo la falda.

Cuando lo colocó bien todo y se sintió cómoda, aplaudió en silencio para sí misma.

«Esto va a ser más fácil que freír un huevo con mantequilla de cebollino y sal».

Aflojó los cordeles del corpiño que llevaba puesto, metió una mano por dentro y se levantó ambos pechos. Cuando los tuvo tan elevados como deseaba, hizo un fuerte nudo para mantenerlos bien arriba.

«Así, así —se dijo observándose y riendo—, como dos manzanas muy juntas. —Estrechó los brazos—. Que parezca que van a reventar».

Robó un puñado de frutos rojos de un arbusto y los masticó hasta exprimir su espeso y colorido jugo. Se lo esparció por los labios con el dorso de la mano hasta que le quedó la boca rosada y encendida, como la de alguien que ha pasado horas besando a un amante.

«Lista».

Se alborotó la media melena y comenzó a caminar en diagonal hacia el porche principal, tropezando, por lo menos, una vez cada cuatro pasos.

—¡Eh! —No tardaron en verla—. ¡Eh, tú! ¿Adónde crees que vas?

Pam levantó la cabeza con lentitud y observó a su izquierda y derecha de forma patosa, con los ojos entreabiertos, como si no supiera perfectamente que el vigilante se acercaba por detrás. Cuando la agarró del brazo se dejó caer sobre él.

—Chica —gruñó con voz de ultratumba—. ¿Quién eres?

Era un orco de colmillos agrietados, cejas afiladas y aliento cargante. Su armadura estaba oxidada, llevaba dos grandes hachas en el dorso y una espada en el cinturón, que no se molestó en empuñar, puesto que no consideró que una cervatilla despistada, probablemente bajo los efectos de sustancias de la risa, fuese a suponer una amenaza.

—Soy Nina —sonrió Pam—, ¿y tú?

—La clave —ordenó el orco.

—Ah... —suspiró torciendo la cabeza—. ¿Eh?

—La clave de esta noche.

—Ah, ya, sí... La clave. Eh... no creo que me acuerde —rio llevándose la mano libre a la boca. Observó a su captor—. Qué grande eres... ¿cómo te llamas?

El orco asintió.

—Muy bien —masculló—, como quieras.

La levantó con la misma facilidad que una criatura lanza por los aires un muñeco de trapo y se la colgó de un hombro como un fardo de paja. Las quejas de Pam fueron ignoradas, y el orco de nombre desconocido no accedió a dejarla de nuevo en tierra firme hasta que la joven aseguró tener una invitación expresa de la duquesa en el bolsillo.

—Te concedo cinco segundos. Al sexto, te echo a golpes.

—Que sí... —berreó Pam rebuscando entre sus cosas—. He tomado de todo, deberías agradecer que me acuerde de mi nombre. Aquí.

La brusca y breve inclinación hacia abajo que hizo el orco para arrancarle la supuesta invitación de las manos fue suficiente. Cuando tuvo esa desmedida nariz a la altura de los hombros, le lanzó una bombilla de serrín que estalló en la tez del vigilante como un festival de luces.

«Una tumba a una bestia —le había asegurado Jimbo—. Dos la pueden matar. Ve con cuidado y llévalas siempre en cajas duras con plumas, para que no te revienten encima».

Pam se echó a un lado.

El orco cayó al suelo como un plomo.

La elección espontánea de su improvisado atuendo había sido de lo más acertada. Allí todo el mundo se paseaba por la mansión con vestimenta ligera, por lo menos los pocos que llevaban algo encima.

Pam nunca había visto tantos seres desnudos al mismo tiempo y en el mismo lugar. Esa era una variopinta bacanal de cuerpos, vino oscuro, licores, ácidos y centenares de increíble sustancias de legalidad cuestionable.

Entró en el salón y a nadie le sorprendió su presencia; la actuada manera de caminar, su indumentaria y sus la-

bios coloridos la hacían parecer una más. Con destreza propia de gata callejera, esquivó enjambres de cuerpos enredados, fuentes rebosantes de fruta, copas de plata y esculturas de mármol. Llegó hasta la escalinata y procedió a ascender; las joyas fáciles de vender y las monedas de oro solían estar en los aposentos privados de los propietarios.

En el penúltimo escalón sintió una caricia en la cintura que la condujo entre los brazos de un joven de piel tostada y pelo blanco. Tenía las orejas picudas adornadas con pendientes, también lucía collares, brazaletes y anillos pesados.

Pam se planteó dónde podría vender todo aquello y cuánto podría sacar, pero sus cálculos se quebraron cuando el chico que la había atrapado sin permiso la besó en los labios. Al principio, desconcertada, quedó muy quieta, pero al cabo de pocos segundos se dejó guiar por su cuerpo y devolvió el gesto a ese desconocido con aroma a clavo y canela que se había topado en su camino.

En un momento pudo ver los ojos del joven. Eran de un amarillo encendido, brillante, como los de un lobo, pero el peso de sus párpados y las rojeces de sus lagrimales evidenciaban la ausencia de cualquier tipo de sobriedad. También pudo sentir su tristeza.

«Está vacío», supo.

Aun así, alguna lejana parte de ella deseaba seguir descubriendo los encantos de aquel muchacho incierto con colmillos finos y apariencia de príncipe.

Pam se obligó a retroceder un paso y, al observar la mirada turbia y envenenada de ese ser, la pizca de deseo que había sentido pocos instantes atrás desapareció de un soplo.

La invadió una incomodidad extraña que le trepó por cada vértebra hasta helarle los huesos.

«No».

«Esto no está bien».

Sin articular palabra, Pam abandonó a su efímero amante, quien no trató de detenerla, y se dirigió a la alcaoba de la duquesa mientras se rascaba los cuernos.

«Para ya de desconcentrarte todo el rato por cualquier cosa», se repitió.

«Entras a las ocho. Date prisa y no te distraigas».

Cuando se plantó frente la cama de la viuda tuvo que sellarse la boca con una mano para contener carcajadas. La otra la usó para acariciarse la tripa, tratando de atenuar los retortijones provocados por la pésima combinación de especias de la noche anterior.

«No te rías —se dijo—, que los despiertas».

La duquesa dormía profundamente, como una cría, pero tenía la boca abierta y su carísima dentadura de piezas de porcelana se le había escapado y discurría sobre una cascada de babas hasta llegar al colchón.

Dos jóvenes descansaban junto a ella, uno de pelo rojo-carmín, que tenía la cabeza sobre el muslo de la mujer, y otro castaño, que había caído derrotado entre almohadas empapadas de vino y otros fluidos que Pam no quiso identificar.

«Estos dos tienen, como máximo, mi edad. —Observó a la viuda—. Y esta, como mínimo, me la triplica. Qué asco. Bueno, les habrá pagado bien. Supongo».

Si una anciana rica podía aprovecharse de sus recursos económicos para conseguir aquello que le sería difícil de alcanzar sin ellos, ¿qué le impedía a Pam hacer lo mismo con sus habilidades físicas?

Recurriendo a los movimientos ágiles y silenciosos que la caracterizaban, llenó su bolsa con las monedas que encontraba en cada plato de porcelana pulida que había en las mesillas de noche, las joyas escondidas en lugares que

ella ya conocía y otros objetos pequeños y valiosos que consideraba fáciles de vender.

¡Cuántas semanas habría tenido solucionadas de no haber sido por lo que ocurrió instantes después! Y cuántos ingredientes para sus ensayos gastronómicos habría podido comprar con el dinero que había conseguido esa madrugada y que pronto perdería entre tejados.

Todo pasó tan rápido que ahora, años después, el recuerdo de esa noche continúa teniendo forma de nube borrosa en la memoria de Pam. Pero se ríe cuando la cuenta.

De primeras, no le dio mucha importancia al dolor que, por enésima vez, sintió en la tripa. Solía ignorar las molestias que no le convenían, como si así fueran a desaparecer; todo para no entorpecer sus labores o evitar visitas a curanderos.

Cuando estuvo satisfecha con el número de nuevas adquisiciones, dedicó una breve sonrisa a la duquesa dormida, como quien da las gracias a una amiga. Ya dispuesta a continuar su ruta, a medio metro de la salida, divisó un cuenco aparentemente humilde al lado de la puerta de entrada, en el suelo. Lo estudió brevemente desde la lejanía.

«Eso es de oro bueno —supo—. Torhon puede fundirlo y aprovecharlo. Me pagará bien. O medio bien, por lo menos».

Ahí, de camino hacia su último objetivo, llegó el cuarto retortijón. Como ocurre en el interior de un volcán latente, el incómodo calor bullicioso de su estómago se intensificó, ascendió por su tráquea lenta pero inexorablemente, hasta llegarle a la campanilla y entrar en erupción.

Pam liberó de su adolorido estómago las tostadas con mantequilla especiada y los demás experimentos de cocinera inexperta —todos a medio digerir— sobre una exquisita mesa de vidrio azul, oro y perlas oceánicas repleta

de finas tazas de cristal y jarras de cerámica bañada en la mejor de las platas.

Trató de vaciarse las tripas en silencio, pero cuando las delicadas piezas comenzaron a estallar en mil pedazos, supo que tendría que ser muy creativa para escapar sin levantar sospechas del lío en el que se había enmarañado ella sola.

Los jóvenes que dormían junto a la duquesa despertaron de inmediato.

La anciana ni se inmutó.

—Ahhhh —bostezó el pelirrojo—. ¿Qué...? ¿Qué...? Qué sueño.

Dejó caer la cabeza sobre una almohada de seda y se durmió de nuevo.

—¡Eh! —El castaño estaba más despejado. Tenía los ojos encendidos y la mirada violenta, contaminada—. ¿Qué haces aquí? ¡Esta zona está restringida!

—Me he perdido buscando el excusado y... —una arca robó las palabras.

—Ugh... ¡vaya asquerosidad! —berreó el joven de compañía con los labios arrugados—. ¡Guardias! ¡Echad a esta imbécil de aquí! ¡Guardias, Guardias! —chilló.

Pam maldijo al chico sin articular palabra, su tripa se empeñó en no darle tregua y la mantuvo un buen rato ocupada, pero al escuchar en la lejanía las primeras carreras de los vigilantes que se acercaban a los aposentos, fue capaz de estar a la altura del combate interno y controlar, en la medida en que pudo, su cuerpo aquejado.

Siendo fiel a su tozudez, alargó el brazo tembloroso y cazó el cuenco de oro. Luego, llegó al ventanal en un par de saltos largos algo descoordinados.

—¡Guardias! —repitió el joven—. ¡Se escapa! ¡Es una ladrona, se lleva pertenencias de la duquesa! ¡Guardias!



«¿Y a ti qué más te da que robe, idiota? Con las cuatro monedas que te habrá pagado la vieja para hacerle vete a saber qué... Eso sí que es una asquerosidad».

Se cubrió la piel expuesta y la media melena blanca con la capa que había escondido bajo la falda, y se subió a la estructura de madera oscura que precedía al gigantesco ventanal, lista para lanzarse a la madrugada y escabullirse con la ayuda de su oscuridad. Lo consiguió, pero no sin antes ser vista.

—¡Es una fauna! —anunció un orco parecido al que había tumbado minutos antes—. ¡Tras ella!

«Mierda».

